

# Testimonio de un Consejero por los egresados

Carlos Mohamad <sup>(1)</sup>

(1) Ex consejero  
graduado.

Comencé a estudiar la carrera de profesorado en Ciencias Naturales en el entonces Instituto del Profesorado Básico (1967) y lo terminé siendo ya Escuela Universitaria del Profesorado (1971).

Épocas difíciles para los estudiantes y para todo aquél que pensara y se manifestara. No obstante tuvimos profesores, que a riesgo de perderlo todo, nos enseñaron a pensar y pusieron a nuestro alcance bibliografía de compromiso que no era de libre circulación, mostrándonos otras realidades y otras formas de interpretarlas.

Mientras escribo esto, no puedo dejar de recordar a profesores cuyas clases eran un verdadero disfrute. Me estoy refiriendo al querido profesor Angel Gertel, más tarde detenido y desaparecido, Griselda Tessio; Solidario Romero; Azucena Demiryi, y tantos más.

Épocas en que lamentamos muertes de compañeras a causa de explosivos. Conservo muy vivo en mi memoria el día en que el Escuadrón a Caballo entró a nuestra casa de 9 de Julio mientras realizábamos una Asamblea Estudiantil, golpeándonos brutalmente. Tengo presente la imagen de estar

corriendo, o huyendo, por calle 9 de Julio, junto a la Prof. Gómez Iriondo. Recuerdos imborrables. Estas tristes circunstancias hicieron que la Escuela dejara de ser el lugar de encuentro y a medida que nos íbamos recibiendo nos fuimos alejando de éste, nuestro lugar de estudio.

Quien lea este escrito y haya estudiado más o menos en mi época, seguramente lo entenderá, dado que nosotros constituíamos una gran familia. Eran muchas las horas que pasábamos en la Institución, atendidos cálidamente en la cantina por las siempre recordadas Nené y Bebi.

Pasaron los años y ya en democracia (1984) un día recibo una llamada telefónica de Mauricio Epelbaun, invitándome a una reunión. El llamado de Mauricio, para mí y también para muchos otros, constituía casi una citación, por el afecto y predicamento que tenía entre nosotros.

Comenzamos a reunirnos en el patio de la casa de Pampa y Mauricio. Eran épocas de normalización de la vida universitaria y con ella se acercaba la posibilidad de cumplir un viejo sueño: que la Escuela se transforme en Facultad. Y de ahí la necesidad de organizar el Claustro de Egresados.

Comenzamos a trabajar sin pausa. Visitamos a muchos; hablamos con otros, explicando la necesidad de constituirnos como grupo para integrar el futuro Consejo Directivo. Finalmente, con el compromiso de varios, conformamos una lista, avalada oportunamente por el voto de nuestros compañeros, representando de esta manera al Claustro de Egresados en el primer Consejo Directivo de la ya Facultad de Formación Docente en Ciencias. Cabe aclarar que este Consejo participó de la Asamblea Universitaria, en la que se reeligió al Rector de este período democrático.

Regresar a la Facultad fue comprobar que todavía estaba vivo nuestro sentido de pertenencia, el reencontrarnos con muchos de nuestros profesores, nos hacía sentir que el tiempo se había detenido.

Puestos a trabajar tuvimos que aprender el funcionamiento de este espacio de gobierno institucional, ya que la mayoría no tenía experiencia en este sentido. Fue un aprendizaje compartido, escuchando y expresando libremente las

ideas. Estábamos viviendo y disfrutando algo nuevo que no habíamos vivido en épocas de estudiantes.

Un párrafo aparte merece el trabajo en Comisiones: instancias de debates de alto nivel académico. Todas las voces eran igualmente respetadas. No defendíamos un estamento: defendíamos ideas y así lo plasmábamos en los dictámenes, sean éstos por mayoría o por minoría.

Recuerdo lo enriquecedoras que eran las reuniones del Consejo Directivo: verdaderos ejercicios de aprendizaje en democracia.

Es un lugar común escuchar: “Todo tiempo pasado fue mejor”. En este caso, comparando lo que estábamos viviendo en esos momentos como graduados en relación a nuestra ya pasada vida estudiantil, puedo afirmar que “No siempre el tiempo pasado fue mejor”.